

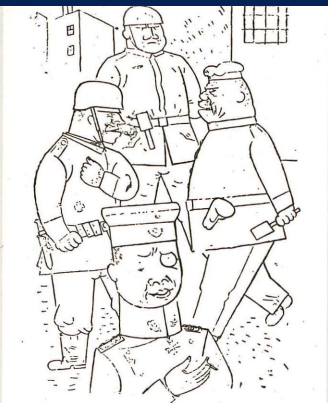
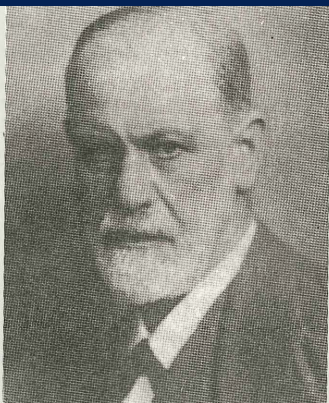
MIGUEL GIUSTI - HORST NITSCHACK
EDITORES

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

ESTUDIOS SOBRE LA RECEPCION DE LA
CULTURA ALEMANA EN AMERICA LATINA



Capítulo 2



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1993



Primera edición, agosto de 1993

Diagramación: Yoryina León Mejía

Encuentros y Desencuentros

Copyright © 1993 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18. San Miguel. Apartado 1761. Lima 100, Perú. Telfs. 626390, 622540, Anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos Reservados
ISBN 84-89309-79-5

Impreso en el Perú - Printed Peru

CERCANIA Y LEJANIA: Materiales para una Poética de la Visión Colonial

Hans Christoph Buch

Luego de aterrizar en el silencioso océano lunar el 20 de julio de 1969, el astronauta norteamericano Neil Armstrong se dispuso a poner el pie sobre el suelo de la luna, mientras decía, mirando a la cámara automática, las siguientes palabras, previamente estudiadas: "Un gran paso para la humanidad, pero un pequeño paso para mí!"¹. Armstrong y su compañero Aldrin plantaron luego una reproducción de la bandera estrellada americana en el suelo lunar, recogieron muestras de minerales que serían posteriormente obsequiadas a jefes de estado amigos, y develaron una placa con un mensaje –dirigido al parecer a los extraterrestres– en el que se aseguraba que los americanos habían viajado a la luna con fines pacíficos. Al volver a bordo de la nave espacial Apolo, los astronautas recibieron las felicitaciones del Presidente Nixon y hablaron por teléfono con sus esposas e hijos, reunidos en la estación terrestre de Houston.

Así culminó –de forma tan banal– el más temerario y lejano viaje emprendido jamás por hombre alguno en la tierra. Fue una empresa cuya inversión tecnológica parecía inversamente proporcional al aburrimiento que produjo entre los televidentes. En relación con la definición kantiana de lo sublime –"sublime es aquello que el sólo poder pensarlo nos revela una facultad del espíritu que supera toda medida de la sensibilidad"²–, el aterrizaje en la luna apenas si ha

-
1. Cf. al respecto: KRIWET, *Apollo Amerika*, Frankfurt 1969.
 2. Immanuel Kant, *Crítica del Juicio*, en: *Die drei Kritiken*, ed. por Raymund Schmidt, Stuttgart 1956, p.295. Al respecto véase también la obra de Friedrich Gundolf publicada (póstumamente) en 1938: *Die Anfänge deutscher Geschichtsschreibung*. Allí se habla, en relación a las crónicas de viajes del Renacimiento y el Barroco, de los

modificado nuestro horizonte filosófico. Y, en comparación con lo que puedan haber pensado y sentido Colón en el descubrimiento de América, Stanley en su encuentro con Livingstone o Amundsen en el polo sur, su fruto espiritual ha sido más bien escaso. En realidad, los astronautas americanos no abandonaron en ningún momento a su patria ni a su familia; los antiguos viajeros, en cambio, huían justamente de ellas hacia otro hemisferio. Mientras que Hernán Cortéz hizo quemar sus barcos al llegar a México, el módulo lunar estuvo todo el tiempo unido a la nave espacial por un cordón umbilical electrónico, y la nave misma dependía del control de mandos de la NASA. Las 24 horas del día, los astronautas estaban bajo observación de médicos y científicos que controlaban su respiración y sus pulsaciones, y que les comunicaban por monitor cuándo debían comer o dormir y qué debían hacer o dejar de hacer: *BIG BROTHER IS WATCHING YOU*. El viaje como aventura, como ruptura de un orden preestablecido que se niega y trasciende por medio de la distancia geográfica, es en este caso anulado, por así decir, y remitido a su punto de partida. Como en el cuento de la liebre y el erizo, la cercanía se confunde con la lejanía y le grita en tono triunfante: “¡Estoy por todos lados!”

Llego así al tema que me interesa. Me ocuparé a continuación de la dialéctica existente entre la cercanía y la lejanía, entre el exotismo y el provincialismo, por cuya recíproca compenetración e interdependencia lo cercano se muestra lejano y lo lejano cercano. El psi-

“escalofríos de lejanía” que sobrecogen —o que no sobrecogen— a los viajeros en el sentido de la definición kantiana de lo sublime: “El [Merklein, N.d.A.] ve muchas cosas extrañas, sorprendentes o extravagantes, y las narra en un estilo seco, pero justamente objetivo, descriptivo, sólo ocasionalmente acompañado de amenidad, sin compromiso ni expresión de sentimientos [...] Lo que falta por completo en su libro son los *escalofríos de lejanía*. Algo de ellos tiene Olearius [...] y Rembrandt. Si hago esta mención, es tan sólo para recordar una y otra vez cuán indiferentes son las cosas por sí mismas” (op. cit., ed. por Elisabeth Gundolf y Edgar Wind, Amsterdam 1938 [Elsevier], p. 102; el subrayado es mío). Se trata de un planteamiento muy sugerente que desgraciadamente ha pasado al olvido junto con el libro de Friedrich Gundolf, al que tampoco se le ha prestado la debida atención.

coanálisis designa este proceso con el nombre de "proyección"³ y desde el punto de vista poético, se trata de un caso particular de aquello que Brecht (y, antes de él, el literato ruso Viktor Schklowskij⁴) llamaban "extrañamiento" (*Verfremdung*), es decir, el intento de romper el automatismo de la percepción, haciendo familiar lo extraño y extraño lo familiar. En sentido histórico, se trata de los efectos del colonialismo en la fantasía literaria, vale decir, de un proceso que se inició con el descubrimiento de América hace quinientos años (o quizás antes, en la época de las cruzadas) y que hasta hoy no ha concluido. La explotación colonial de tierras lejanas y el exterminio de sus habitantes (considerados como salvajes), son hechos que van de la mano con la apropiación de las culturas sometidas, de modo que aquello mismo que se pretende conservar es simultánea e irremediabilmente destruido. En sentido estricto, no hay contradicción alguna entre la preservación y la destrucción de una cultura; el monje dominico Diego de Landa mandó transcribir y traducir al español los libros sagrados

-
3. "Las imágenes que produce el escritor exótico son proyecciones de su interior que pretenden compensar su relación alienada con el yo y con la realidad. Su relación negativa con la realidad se expresa en la proyección de una imagen del presente determinada por el rechazo, el cual es a su vez potenciado hasta un odio apasionado. La estructura de esta imagen se caracteriza por las experiencias alienantes de la *restricción*, la *complejidad* y la *uniformidad*, y se manifiesta estéticamente como cercanía trivial e insípida. En la medida en que se aleja de esta cercanía, el escritor exótico proyecta al mismo tiempo, como si fuese el negativo de su relación con la realidad, una imagen ideal positiva en la lejanía, a la cual puede adherirse con idéntica pasión." (Wolfgang Reif, *Zivilisationsflucht und literarische Wunschräume. Der exotische Roman im ersten Viertel des 20. Jahrhunderts*, Stuttgart 1975, p. 11.) Estas líneas pueden considerarse como una anticipación teórica del plan pensado para el presente trabajo.
 4. "La meta del arte es transmitirnos una sensación de las cosas, una sensación que consiste en ver y no sólo en reconocer. Por eso el arte se vale de dos recursos: el extrañamiento de las cosas y la complicación de la forma, a fin de dificultar la percepción y prolongar su duración. En efecto, en el arte el proceso de percepción es un fin en sí mismo y debe ser prolongado. El arte es un medio de experimentar el devenir de una cosa; lo ya devenido es poco importante para el arte" (Viktor Schklowskij, *Theorie der Prosa*, ed. y trad. al alemán por Gisela Drohla, Frankfurt 1966, p. 14).

de los mayas, antes de echarlos a las llamas⁵. Pero de lo que aquí trataremos no es de las consecuencias sociales y políticas de este proceso en el así llamado Tercer Mundo, sino de los cambios que la ampliación del horizonte geográfico produjo en la percepción misma, así como de las formas de expresión de estos cambios en el arte y la literatura. Como es sabido, la estética tiene algo que ver con la percepción. Algunas de las estaciones de este proceso se llaman: exotismo, orientalismo, americanismo, primitivismo o indigenismo –baste recordar el influjo de la pintura del lejano Oriente en el impresionismo, o el de la plástica africana en el cubismo–; este proceso ha sido relativamente bien estudiado para el caso de la historia del arte, pero aún no lo suficiente en la historia de la literatura⁶. Es este complejo de relaciones lo que será analizado aquí con más detalle, utilizando una selección de ejemplos significativos, aunque cabe recalcar que, por motivos de economía metodológica, debo y deseo limitarme a obras escritas en alemán.

A diferencia de España, Portugal, Inglaterra o Francia, que se convirtieron en potencias mundiales gracias a sus colonias de ultramar, Alemania llegó a ser potencia colonial con un cierto retraso histórico, y debió además ceder a los países vencedores de la Primera Guerra Mundial las colonias que había adquirido hacia fines del siglo pasado –por suerte, como sabemos ahora, porque de este modo los alemanes se ahorraron el penoso proceso de descolonización. La literatura de lengua alemana no tiene obras de calidad comparable a los clásicos de la literatura colonial –como Camoes o Defoe, Cooper o Melville, Conrad

-
5. “Esta paradoja de un hombre que al mismo tiempo escribe y quema libros, es en realidad sólo aparente. La paradoja desaparece cuando se toma en cuenta que Landa rechaza toda identificación con los indios y exige su conversión a la religión cristiana, aunque por otro lado tenga interés en conocerlos.” (Tzvetan Todorov, *Die Eroberung Amerikas. Das Problem des Anderen*. Trad. del francés por Wilfried Böhringer, Frankfurt 1982, p. 238ss.)
6. Edward W. Said, *Orientalismus*. Trad. del inglés por Liliane Weissberg, Berlín 1981; Anselm Maler, *Der exotische Roman. Bürgerliche Gesellschaftsflucht und Gesellschaftskritik zwischen Romantik und Realismus*, Stuttgart 1975; Wolfgang Reif, *Zivilisationsflucht und literarische Wunschräume*, op. cit. (cf. nota 3).

o Kipling, Pierre Loti o Isabelle Eberhardt, o, en época reciente, Michel Leiris o Claude Lévi-Strauss; y en comparación con Robinson Crusoe, *La Isla de Felsenburgo* de Schnabel parece tan mediocre y provinciana como Stifter en comparación con Flaubert. Sólo si se tiene en cuenta a los viajeros e investigadores como Forster, Humboldt o Chamisso, liberándolos del ghetto geográfico e incorporándolos al análisis literario, es decir tomándolos en serio como escritores, se percibe más claramente la específica contribución alemana al descubrimiento estético de los nuevos mundos. A continuación habremos de confrontar la presentación de la lejanía exótica en la obra de estos y otros autores, con la presentación de la cercanía en los idilios de Gessner, Voss, Goethe, Hebel y otros más. Sospechamos que hay aquí una secreta relación entre la provincia y el vasto mundo, es decir, que hay un proceso histórico literario en cuyo transcurso la propia patria es expuesta a la misma visión "colonial" que la lejanía.

"¡Voy a estar encantado, morenita!"
Idilios exóticos - exotismo idílico

Podría empezar por Adán y Eva, por la epopeya de *Gilgamesh* o por la *Odisea*, pero no voy a cumplir esta amenaza —aunque, a decir verdad, todos estos textos tienen un patrón común que sirvió de inspiración hasta a Cristóbal Colón en su viaje a América: la búsqueda del paraíso perdido⁷. El 12 de octubre de 1492, al divisar tierra luego de cinco semanas de travesía, el navegante genovés creyó haber descubierto las islas de los bienaventurados que, según los datos del geógrafo Mandeville, debían hallarse al oeste de las columnas de Hércules, en el Atlántico. Las apariencias parecían confirmar esta suposición: abundantes árboles frutales, vientos suaves, cantos de pájaros y eterna primavera, y, además, gentes que no conocían el hierro sino sólo el oro y que andaban desnudos como Dios los había creado.

7. Véase al respecto: Tzvetan Todorov, *Die Eroberung Amerikas. Das Problem des Anderen*, op. cit. nota 5; Urs Bitterli, *Die "Wilden" und die "Zivilisierten". Grundzüge einer Geistes- und Kulturgeschichte der europäisch-überseeischen Begegnung*, Munich 1976; Karl-Heinz Kohl (Ed.), *Mythen der Neuen Welt. Zur Entdeckungsgeschichte Lateinamerikas*, Berlín 1982.

Esta es justamente la forma en que el joven Mc y Georg Forster describió, 280 años más tarde, las islas del Mar del Sur, cuando, acompañando al capitán Cook en su segundo viaje a Tana, bajó a tierra en una de las nuevas Islas Hébridas:

“La distinta ubicación de los árboles respecto del sol le daba al paisaje un extraordinario colorido. Si aquí el follaje brillaba bajo los rayos dorados del sol, allá la sombra apaciguaba la vista. El humo que se levantaba entre los árboles en círculos azulados, me recordaba los placeres de la vida hogareña. La vista de los grandes bosques bananeros, cuyos dorados racimos de frutos parecían un símbolo de paz y abundancia, me colmaba el ánimo con ideas de amistad y felicidad popular. Y el canto de un campesino, que se oía en aquel instante, culminaba este cuadro, por así decir, con la última pincelada. Bajo un cielo despejado, en medio del murmullo de la brisa marina, estaba yo allí disfrutando de la inmensa felicidad que sólo puede otorgar la plenitud de aquellos cuadros.”⁸

La utopía de la Edad de Oro que Forster esboza aquí es un antiquísimo sueño de la humanidad y, en tal sentido, es intemporal; pero la perspectiva y el colorido de su pintura llevan el sello del espíritu ilustrado de la época, en el límite entre el sentimentalismo y el *Sturm und Drang*. El pasaje citado podría hallarse casi en los mismos términos en el *Werther*, escrito por Goethe en el mismo año, en la *Nueva Heloísa* de Rousseau (1759) o, mejor aún, en el idilio tropical *Pablo y Virginia* de Bernardin de St. Pierre (1788). No obstante, hay un elemento central que en las novelas contemporáneas apenas si es aludido, pero al que el viaje de Forster a los mares del sur le debe justamente su fuerza revolucionaria: la utopía de la libertad sexual. Es en su nombre que se amotinaron los marineros del *Bounty* y que Diderot escribe su famoso diálogo *Suplemento al “Viaje de Bougainville” o Diálogo entre A y B sobre el inconveniente de aplicar ideas morales a ciertas acciones físicas que no les son adecuadas*. En 1768, el navegante francés Louis-Antoine

8. Georg Forster, *Entdeckungsreise nach Tahiti und in die Südsee 1772-1775*, ed. por Hermann Homann, Tubinga-Basilea 1979, p. 343s.

de Bougainville, que se encontraba viajando alrededor del mundo, había hecho, como antes muy pocos europeos, una escala en Tahití. Su informe sobre la liberalidad sexual de los nativos fue lo que llevó a Diderot a hacer algunas reflexiones principistas sobre la relación entre el estado salvaje y la civilización, reflexiones que por su radicalidad son un anticipo de las ideas de Fourier:

“¿Cómo ha podido llegar a pensarse que un acto cuya finalidad es tan sublime y al que la naturaleza nos impulsa por la más fuerte atracción, que este grandioso, precioso e inofensivo deleite constituya la fuente más abundante de nuestra corrupción y nuestros males? [...] Ello se debe a la tiranía del hombre que ha convertido la posesión de la mujer en una propiedad; a los usos y costumbres que han gravado inútilmente la unión conyugal con una serie de condiciones; a las leyes públicas que someten el matrimonio a innumerables formalidades; al carácter de nuestra sociedad, en la cual las diferencias de propiedad y de clase han servido para trazar la frontera entre la decencia y la indecencia; [...] a los fines políticos de los poderosos, que en todos los asuntos sólo prestan atención a su propio interés y su propia seguridad; y a las instituciones religiosas que han asociado los nombres de vicio y de virtud a acciones a las que no es aplicable la noción de moralidad.”⁹

Además de la avidez por el oro, la avidez por el sexo —en el fondo, dos caras de una misma moneda— fue desde el comienzo uno de los motivos principales que animaban a los europeos, cansados de su civilización, a emprender aventuras de ultramar¹⁰. Aun en los cuadernos de navegación del piadoso católico Colón y del sobrio puritano Cook, puede percibirse la excitación sexual de los navegantes

9. Denis Diderot, *Nachtrag zu "Bougainvilles Reise"*, ed. por Herbert Dieckmann, Frankfurt 1965, p. 62s.

10. La otra cara o, mejor dicho, la cara oscura de la medalla respecto de la relación entre la fiebre del oro y la avidez por el sexo, ha sido presentada por Michael von Engelhardt en su trabajo sobre el *Fausto* de Goethe. Allí se interpreta el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo como un descenso a los infiernos: “El ingreso a las regiones fantásticas del paisaje exótico no es sólo un viaje hacia

cristianos que luego de semanas de abstinencia ven a los nativos desnudos disfrutar de una espontaneidad erótica aún no deformada por la iglesia o el estado. El presuroso distanciamiento que Forster efectúa en el texto que presento a continuación, muestra el grado de represión con que solía tratarse el tema:

“Durante este tiempo el barco estaba rodeado de canoas. A bordo había muchos insulares, entre los cuales variadas personas de sexo femenino que accedían sin reservas a los deseos de nuestros marineros. Algunas de ellas tendrían apenas nueve o diez años y no mostraban aún rasgo alguno de pubertad [...] Tenían rasgos faciales comunes e irregulares, pero ojos grandes y hermosos; y además, su sonrisa espontánea y su esfuerzo constante por complacer reemplazaban tan perfectamente su falta de belleza que nuestros marineros estaban cautivados y se desprendían de camisas y de ropas para mostrarse alegremente ante sus nuevas amantes. Los vestidos del lugar, que dejaban al descubierto senos muy bien formados así como manos y brazos hermosos, pueden por cierto haber contribuido a encender el ardor de nuestras gentes; y, en todo caso, la vista de alguna de estas ninfas que nadaban ágilmente en movimientos seductores alrededor del barco, desnudas como la naturaleza las había formado, era más que suficiente para obnubilar por completo el poco de razón que un marinero habría quizás debido conservar para el dominio de sus pasiones.”¹¹

nuevas costas, sino corresponde a un descenso a los infiernos con pretensiones de saqueo. Los conquistadores y los misioneros cristianos creen hallarse en los dominios de Satán. Los salvajes desnudos o los canibales que se devoran a sí mismos —una de las fantasías más enfáticas para legitimar el exterminio— están más cerca del reino de los muertos que del de los civilizados vivos; atribuyéndoles cuerpos grotescos a los salvajes, se les desplaza a la región de los diablos y los demonios [...]. En el saqueo colonial, legitimado por medio de tales modelos mitológicos, se trata pues sólo en apariencia de ‘arrancar cristianamente las almas al poder de Satán’ —cosa que con frecuencia iba unida a ‘arrancar’ también los cuerpos—; en el fondo, de lo que se trata es de convertir el oro pagano en moneda cristiana.” (Michael von Engelhardt, *Der plutonische Faust. Eine motivgeschichtliche Studie zur Arbeit am Mythos der Faust-Tradition*. Tesis doctoral, Universidad Libre de Berlín 1989, p. 109.)

11. Forster, op. cit., p. 116s.

Aunque lo que Forster describe son acontecimientos reales, su manera de verlos está influenciada también en este caso por modelos literarios. Se trata de una proyección psicológica de los deseos y angustias sexuales de un viajero europeo al comportamiento de hombres no europeos, comportamiento que podría ciertamente interpretarse de otra manera: la vida amorosa, supuestamente libre, de los insulares de los mares del sur estaba en realidad regulada por tabúes incestuosos sumamente complejos¹². Ninguno de los dos, ni el salvaje ni el civilizado, pueden desprenderse de la influencia de la propia cultura; no existe una mirada totalmente libre de prejuicios y de presuposiciones. Cuán dependiente es el relato de Forster, hasta en sus más mínimos detalles, de sus propias lecturas, es decir, de las convenciones estéticas de su época, nos lo demuestra una comparación con un idilio popular rococó del S.XVIII, el poema en prosa *La primavera* de Samuel Gessner:

“Tú te enseñoreabas, Primavera, cuando nuestro barco, ¡hermanos!, se balanceaba surcando a nado la superficie del mar; una bandada de olas plateadas danzaba en torno nuestro; céfiros alegres revoloteaban con ellas persiguiéndolas alrededor del barco [...] De pronto comienza Baco a cantar, a contar y a reír porque la hoja de parra que corona y cubre su rostro, está saltando. Con la copa llena relata Baco sus viajes por la lejana India: cómo venció a las naciones morenas y cómo transformó a los piratas en delfines cuando, siendo niño, viajaba en un corsario [...] Yo quería abrazar a una joven ninfa –nos dice–, la joven huyó con ligereza por sobre las flores y volviendo la vista sonrió con picardía al ver que me tambaleaba yendo tras ella [...] También Cupido narra sus triunfos, cuenta cómo somete a las jóvenes melindrosas. ¡Ah! ¡Cómo voy a estar encantado, morenita, cuando Cupido cante una vez una canción de amor sobre tí!”¹³.

12. Véase al respecto: Hans Peter Duerr, “‘La Nouvelle Cythère’ oder die Schamlosigkeit der Frauen von Tahiti”, en: H.P.D., *Intimität. Der Mythos vom Zivilisationsprozess*, tomo 2, Frankfurt 1990, pp.1179-199.

13. Samuel Gessner, *Der Frühling*, citado de: *Idyllen der Deutschen*, ed. por Helmut J. Schneider, Frankfurt 1981, p. 93s.

A diferencia de la utopía sin clases de la Edad de Oro que Gessner esboza en sus relatos idílicos, Forster no cierra los ojos ante las desigualdades sociales: los habitantes de Tahití no sólo hacen el amor sino también la guerra, y la clase alta nativa alimenta su opulencia a costa de los pobres, que también los hay aquí¹⁴. Estos detalles son sí registrados con reprobación, pero inmediatamente reprimidos. El deseo de hallar el paraíso sobre la tierra es más fuerte que la realidad que distorsiona la imagen idílica; en ésta, la naturaleza parece haber puesto a disposición del hombre todo lo necesario para vivir en abundancia y sin esfuerzo alguno de su parte:

“Todo el arte de hacer crecer un árbol de pan consiste simplemente en cortar una rama sana y plantarla en la tierra [...] La confección de los vestidos, a la que se dedican sólo las mujeres, debe considerarse más como un pasatiempo que como un trabajo; y por más penosos que parezcan los trabajos de construcción de viviendas y de naves, así como la producción de armas o herramientas, gran parte de su incomodidad desaparece por el hecho de que cada cual los realiza voluntariamente y en su propio provecho”¹⁵.

Esta cuestión, que Hegel formulara como la autarquía económica del relato idílico, es sin embargo más antigua que su *Estética*. Ya el tío abuelo de Kleist, el oficial y poeta Ewald von Kleist, que cayera en 1759 en la batalla de Kunersdorf, decidió excluir de su idilio primaveral brandenbúrgués “los alimentos procedentes de los moros”; y en una carta a Gleim, critica las odas de Uz porque “en ellas florecen demasiados bosques de laurel. ¡Tenga la bondad de podar algunos! Y arranque también la mejorana, que le va mejor a una salchicha que a una buena poesía”¹⁶. La flora exótica es excluida de los idilios en la medida en que la producción y el consumo de productos coloniales son un privilegio de la nobleza feudal. Por cierto, a fines de la era

14. Forster, op. cit., p. 131.

15. *Ibid.*, p. 270.

16. Véase al respecto: Hans Christoph Buch, *UT PICTORA POESIS: Die Beschreibungsliteratur und ihre Kritiker von Lessing bis Lukács*, Munich 1972, p. 127ss.

napoleónica, una vez levantado el bloqueo continental, tanto el azúcar como el café forman parte de los bienes básicos de toda familia burguesa; pero el mismo Hegel considera estéticamente chocante mencionarlos, pues perturban en su opinión la ilusión poética y "nos remiten más bien a un mundo extrañado, a sus múltiples mediaciones debidas al comercio, las fábricas y, más en general, a la industria moderna"¹⁷.

En los siglos XVIII y XIX la discusión literaria sobre el azúcar y el café era simultáneamente una discusión sobre las condiciones socioeconómicas en que eran producidas las mercancías coloniales, es decir, era un debate sobre los pros y contras de la esclavitud. Los artículos correspondientes de la *Enciclopedia* francesa (al igual que los grabados que los ilustran), no sólo nos presentan el modo de crecimiento y el cuidado de dichas plantas, o el proceso técnico de producción del azúcar y el café, sino son al mismo tiempo una protesta social contra las atrocidades de la esclavitud, sobre la cual levantaron sus fortunas la aristocracia francesa y una parte de la burguesía. No sólo las arcas reales, sino también las transformaciones de la Revolución fueron financiadas con los ingresos del comercio colonial, del que supieron aprovecharse tanto los realistas como los jacobinos. En 1788, el Abad Grégoire, iluminista radical, fundó en París la Sociedad de "Amigos de los Negros" (*Les amis des noirs*); gracias a su agitación, avivada por el levantamiento de los negros en Santo Domingo, la Convención Nacional decidió, en febrero de 1794, abolir la esclavitud en las colonias francesas. Quien lo desee puede leer la continuación de esta historia en mi libro *Die Scheidung von Santo Domingo: Wie die Negersklaven von Haiti Robespierre beim Wort nahmen* (*La separación de Santo Domingo o Cómo los esclavos negros de Haití tomaron en serio la palabra de Robespierre*)¹⁸.

Aunque los esfuerzos de Napoleón por revertir la marcha de la historia terminaron con la derrota de sus tropas y la fundación de la

-
17. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Ästhetik*, ed. por Friedrich Bassenge, Berlín (DDR) 1955, p. 274.
18. H.C. Buch, *Die Scheidung von Santo Domingo. Wie die Negersklaven von Haiti Robespierre beim Wort nahmen. Historische Dokumentation*. Berlín 1976.

República de Haití, tuvieron que pasar cien años más para que la esclavitud fuera definitivamente abolida. En las colonias francesas, la esclavitud fue abolida por segunda vez en 1848, en los Estados Unidos en 1863 y en Brasil recién en 1888 —en muchas partes del mundo existe aún hoy en día, de forma abierta o encubierta. Vistas así las cosas, el reciente boicot de mermelada de naranja de Sudáfrica o de manzanas Granny-Smith de Chile es perfectamente comparable con la controversia sobre productos coloniales entre los filósofos de la Ilustración. En el Prólogo a mi novela *Die Hochzeit von Port-au-Prince* (*Las bodas de Puerto Príncipe*) hago aparecer a Rousseau como siervo de cámara de Voltaire, sirviéndole a su señor, recostado entre cojines sobre un sillón, una taza de chocolate caliente. Las palabras que les pongo en boca no son mías, sino provienen de un fragmento dramático de Lenz, poeta del *Sturm und Drang*, que yo utilicé en mi novela con otros fines:

“Voltaire (retira con asco el chocolate de su rostro): ¡Llévate lo! En mi vida quiero volver a tomarlo.

Rousseau: No tiene azúcar.

Voltaire: ¡Pobre animal! ¡Es por el sudor de los salvajes que se le ha quedado impregnado!

Rousseau (se queda petrificado)

Voltaire: ¿No entiendes? ¡Ven para acá! (abre un libro) ¡Miren, canallas, mientras ustedes se quejan de nuestros antojos, miren a estos negros! Nuestro Señor Jesucristo, ¿ha podido sufrir más que ellos? ¡Y todo para que nosotros nos raspe-mos el paladar! Nunca más en la vida deben hacerme chocolate, ni echarme especie alguna en las comidas. Díselo al cocinero.

Rousseau: Pero el médico le ha dicho que puede tomar chocolate.

Voltaire: ¡Pobre animal! ¡El médico! ¡El médico! ¡Yo lo hago por cuestión de conciencia! ¡Ven acá, hombre! Siéntate a la mesa y tómate tú mismo mi chocolate. Tú lo has hecho, te pertenece; y si de algún modo te he ofendido o te he ordenado algo impertinente (lo coge de la mano conmovido y le quita la gorra), ¿puedes perdonarme, Jean-Jacques?

Rousseau (se va con el chocolate): ¿Qué le está pasando al viejo? Nunca lo había visto tan enojado”¹⁹.

(Traducido del alemán por Miguel Giusti)

19. H.C. Buch, *Die Hochzeit von Port-au-Prince*, novela, Frankfurt 1984, p. 8.